

# El silencio de Supay

de Matias Alarcón

Dirección Nacional de Derecho de Autor

EX-2024-134578981

alarconmatias@gmail.com

+ 54 9 11 5963 7908

## **Dramatis Personae**

Mayta: Sapa Inca.

Quilla: Esposa de Mayta (Coya)

Rímac: Poeta sagrado (Haravicus)

Huayna: Guerrero Inca (Puska)

Sumaq: Virgen del sol.

Quispe: Trabajador agrícola (Hatun Runa)

## Escena I

*Interior de un palacio Inca, esculpido enteramente en piedra y envuelto en penumbra, Al fondo, un trono elevado sobre una plataforma de tres escalones domina la sala, A un costado del trono, una pequeña escalera conduce hacia un altar de sacrificios, cuya piedra muestra señales de antiguos ritos. El Sapa (Rey) está sentado en su trono, su figura parece vencida, su rostro tallado por las cicatrices del tiempo y su mirada ausente. Rímac, el haravicus o poeta sagrado, recita un harawis con voz profunda y pausada. Lleva una pequeña tinya, un tamborcillo de mano, que golpea sin un ritmo definido, su sonido resonando débilmente en la vasta sala, como un eco perdido en la piedra.*

### Rímac

#### *Harawis de los Andes Eternos*

Esta es la tierra sagrada de los Andes,  
el reino donde los cielos y montañas hablan.

Aquí gobierna el gran Sapa, Mayta,  
tejedor del tiempo, raíz de los hombres.  
Hace cien ciclos, cien siembras pasadas,  
él ordenó la muerte de Supay, el oscuro,  
aquel señor del descanso eterno,  
enemigo de la luz de Inti.

Huayna, guerrero de cobre y fuego,  
puska invencible, canto de cóndor,  
lo buscó en lo profundo, en las sombras,  
y venció con sangre y valor.

Hoy es el día de la gran memoria,  
día de la vida eterna en el reino,  
pues gracias a la fuerza de Huayna,  
la muerte yace vencida para siempre.  
Aquí en los Andes, donde Inti nos mira,  
la vida danza y nunca se apaga.

Mayta —Bien, querido Rímac. Te has lucido con este *harawis*. Prepara la ceremonia en honor al día en que Supay, señor de la muerte, bebió su propio veneno.

Rímac —Así será, mi señor.

Mayta —Que todo el reino esté presente.

Rímac —*titubeando* —Mi señor, si se me permite...

Mayta —¡Habla!

Rímac —No creo que la gente se sienta con ánimos, mi señor.

Mayta —*severo* —¿Cómo osas decir semejante despropósito?

Rímac —Han pasado más de cien años... y sin muerte.

Mayta —*alzando la voz* —¡Cien años sin muerte! ¡Les he dado la eternidad! ¡¿Y así es como me agradecen?!

Rímac —Algunos... piensan...

Mayta —*Irritado* —¡¿Qué piensan?!

Rímac —*Nervioso* —Nada, mi señor... nada.

*Mayta se levanta, desenfunda su daga y la coloca en el cuello de Rímac.*

Mayta —¡Dime, maldito poeta! ¿Qué piensan?

*Entra Quilla, su esposa, comiendo un racimo de uvas. Al ver a Mayta con la daga en el cuello de Rímac, se ríe suavemente.*

Quilla —*con desdén* —Has erradicado la muerte, pero te empeñas en evocarla. Nadie puede morir, querido Sapa. Gracias a tu maldita epopeya.

Mayta —*sin sacarla la vista a Rímac* —Pero aún puede vivir eternamente sin su cabeza.  
*Quilla se sienta en un escalón, mientras sigue comiendo uvas con tranquilidad. Su tono es sarcástico y distante.*

Quilla —Rímac, déjanos a solas, por favor.

*Rímac retrocede, aún nervioso. Hace una reverencia a Quilla.*

Rímac —Como ordenes, mi señora.

Rímac —*mientras se aleja* —Y recordad, la epopeya fue, en todo caso, de Huayna.

*Mayta, furioso, toma las uvas de la mano de Quilla y las arroja a los pies de Rímac.*

Mayta —*con ira* —¡Maldito sirviente! ¡Lárgate de mi vista!

*Rímac sale apresuradamente. Mayta respira hondo y se gira hacia Quilla.*

Quilla —La gente piensa que lo hiciste solo por tu propio beneficio.

Mayta —¿De qué hablas, mujer?

Quilla —*masticando suavemente* —Sin la muerte, tu reinado es eterno.

Mayta —Sin la muerte, la vida es eterna. ¿Acaso no es eso lo que cualquier ser humano anhela?

Quilla —¿Estás tan seguro?

Mayta —*cortante* —Entonces, ¿por qué lloraste la muerte de nuestro hijo al nacer?

Quilla —*con odio* —Por amor.

Mayta —Ahora, el amor también es eterno. ¡Nada se perderá, todo perdurará para siempre!

Quilla —No te equivoques, Mayta. El amor aún puede morir, pues no es Supay quien lo mata... sino el propio hombre. Mira cómo tu pueblo, que alguna vez te amó, ahora te aborrece.

Mayta —*gritando* —¡Los reconquistaré! ¡Haré que vuelvan a arrodillarse ante mí!

*Quilla se pone de pie lentamente y se acerca a Mayta.*

*Le da un suave beso en la mejilla, pero su mirada es fría.*

Quilla —Sin la muerte no hay miedo, y sin miedo, no hay respeto. Ya nadie te respeta, Mayta... ni siquiera yo.

*Quilla sale, dejando a Mayta solo, de pie en su trono.*

*Mayta observa la sala vacía, y una sonrisa amarga se dibuja en su rostro.*

Mayta —Desagradecidos. Les he dado lo inimaginable... ¡Y me odian por ello! Si tanto desean odiarme, les daré razones suficientes para ello. Vivirán para siempre en la miseria, y rogarán que yo, el Sapa Inca del Reino de los Andes, les otorgue mi misericordia.

*Mayta se sienta de nuevo en su trono, pensativo.*

Mayta —Aún tengo a mi guerrero. Huayna, quien puso fin a Supay. Con él, al mando de los guerreros reales, haré que todo mi pueblo se someta. Si no respetan la vida eterna que les he otorgado, entonces temerán la fuerza de mi mano. El miedo regresará... y con él, el respeto.

*Entra Rímac, hace una reverencia profunda antes de hablar.*

Rímac —Mi señor, la dulce virgen Sumaq solicita audiencia.

Mayta —*con desdén* —¿Todavía vive esa mujer?

Rímac —*solemne* —Todos lo hacemos, mi señor... gracias a su "gran hazaña".

Mayta —*desinteresado* —Que entre.

*Sumaq entra lentamente. Es una anciana demacrada, apoyada en un bastón.*

*Su figura encorvada contrasta con su pasado de virgen sagrada.*

Sumaq —*con reverencia, en tono suplicante* —Oh, gran Sapa... gracias por concederme esta audiencia.

Mayta —¡Habla!

Sumaq —Necesito trabajo, mi señor.

Mayta —Eres la virgen del sol, ya tienes tu labor sagrada.

Sumaq —Sí, mi señor, pero... mi destino era morir en sacrificio a los treinta. Ese era mi honor, y no ha sido cumplido... por tu gran hazaña, mi señor.

Mayta —¡Quejas, solo escucho, quejas! No soy guardián de nadie, y menos de ti. ¡Vete de mi vista!

Sumaq —¡Por favor, mi señor! No sé qué hacer con mi vida... mi alma está perdida sin propósito.

Mayta —¡Vívela! Para eso te he dado la eternidad, ¡aprovéchala como puedas!

*Hace un gesto a Rímac.*

Mayta —Rímac, sácala de aquí.

*Rímac se acerca a Sumaq con cuidado, pero ella se resiste, aferrándose a su bastón.*

Sumaq —*implorando* —¡Por favor, mi señor! Dame una labor aquí, en tu recinto... puedo limpiar tus desechos, hacer lo que desees... ¡Solo dame un propósito!

Mayta —¡Fuera de aquí, desagradecida! ¡No volveré a escuchar tus lamentos!

Rímac —Señor... si me permite un sentir.

Mayta —Habla, para eso existes.

Rímac —Podríamos reanudar las ceremonias de sacrificios, mi señor.

Mayta —¡No vive la muerte, estúpido! ¿Qué clase de sacrificio podríamos realizar?

Rímac —No necesitamos la muerte, mi señor. El ritual de sacrificio es solo un simbolismo... y como tal, podríamos hacer la ceremonia igualmente. Podría ser el puente para volver a agradarte con tu pueblo. Sabes bien que les atraen la magia que supone un buen sacrificio.

Mayta —*sin mucho convencimiento* —Está bien... en el próximo equinoccio de primavera se hará el sacrificio. Y así, Sumaq tendrás un propósito. ¿Estás contenta ahora?

*Sumaq, visiblemente emocionada, asiente.*

Sumaq —Sí, mi señor.

*Sumaq se acerca a Rímac y le hace una pequeña reverencia, casi imperceptible, pero cargada de gratitud.*

Sumaq —Gracias, gran Rímac. Eres un alma honorable.

*Sumaq toma la mano de Rímac y la besa en señal de gratitud.*

*Mayta observa la escena con una mezcla de desprecio y celos. Sumaq se retira lentamente.*

Mayta —*con sarcasmo* —¿Gran Rímac? ¿Desde cuándo te has vuelto grande?

Rímac —Disculpe el arrojo de Sumaq, mi señor. Me aseguraré de que sea castigada con

cinco azotes, como dicta la ley.

Mayta —Más te vale, pequeño poeta. Recuerda que la grandeza solo es concedida por quien ocupa ese trono... y ese honor es solo mío.

*Rímac, profundamente inclinado, asiente sumiso.*

Rímac —Sí, mi señor... Oh, gran Sapa, solo usted es digno de tal título.

*Rímac comienza a retirarse, manteniendo su cabeza baja y haciendo reverencias, retrocediendo lentamente.*

*La mirada de Mayta lo sigue, satisfecha con su servilismo.*

## **Escena II**

*Sumaq se encuentra en un sótano oscuro, húmedo y sucio. Con un trozo de carbón, traza un triángulo perfecto dentro de un círculo sobre el suelo de piedra. Varias velas iluminan tenuemente el espacio. Murmura un mantra mágico mientras la oscuridad envuelve la habitación.*

### **Sumaq**

Gran Supay, escucha mi llamado,  
Señor de las muertes despierta,  
Protege a mi pueblo,  
Que muera la vida, que viva la muerte,  
Oh, gran Supay, vuelve, vuelve.

*Entra Quilla, su figura es imponente. Su voz interrumpe el ritual de Sumaq.*

Quilla —¡Sumaq!

Sumaq —¡Gran Coya!

*Sumaq, apresurada y con las manos temblorosas, intenta borrar los símbolos en el suelo, frotando con un trapo áspero que apenas disimula las marcas de carbón.*

Quilla —¿A quién adoras?

Sumaq —Pido por el retorno de Supay, mi señora.

Quilla —Sabes bien que a Mayta no le agrada la magia.

Sumaq —Esta civilización se construyó sobre ella, gran Coya.

Quilla —Lo sé... pero tu gran Sapa ya no cree. Y si te descubre... no podría matarte, pero te torturaría eternamente, y eso es peor que la muerte.

Sumaq —Perdón. No volverá a ocurrir.

Quilla —Solo no lo hagas aquí, en el palacio. Pues si tu magia logra que Supay regrese,

será bienvenido.

Sumaq —Así será, mi señora.

*Sumaq termina de apagar las velas y comienza a levantar los objetos del ritual, los sujeta contra su pecho, cabizbaja y sumisa. Quilla se le acerca suavemente.*

Quilla —*acariciándole el cabello con ternura* —Estamos viejas, querida Sumaq.

Recuerdo cuando naciste... tenías una sonrisa que iluminaba el recinto. Tu padre te entregó como virgen, diciendo que tu destino era interceder con los dioses... pero tu madre se opuso. Se enterró en la cueva de la montaña para cambiar tu destino. A veces pienso... que su magia funcionó, pues de alguna manera... no moriste como debías.

Sumaq —Ahora deseo la muerte más que nada.

Quilla —Todos lo hacemos, menos el demente de Mayta.

*Quilla toma los objetos de las manos de Sumaq, observándola detenidamente.*

Quilla —Hoy te vi por el salón del Sapa... ¿Has pedido audiencia?

Sumaq —Sí, mi señora. Le pedí una labor... pues sin mi propósito, no tengo nada.

*Quilla comienza a disponer nuevamente las velas en el suelo, colocando los objetos como estaban antes.*

Quilla —¿Has logrado algo?

Sumaq —Sí, mi señora. Los sacrificios volverán a hacerse... pero solo como un símbolo.

*Quilla prende las velas, una por una, mientras sonríe.*

Quilla —No puedo creer que esa idea haya salido de Mayta.

Sumaq —No lo fue, mi señora... fue idea de Rímac.

Quilla —*riendo con ironía* —Ya me lo parecía... Rímac está ganando poder, ¿no crees? Sería un gran Sapa.

Sumaq —¿Qué quiere decir, mi señora?

Quilla —Nada, querida Sumaq... nada. Enséñame... enséñame ese hechizo.

*Sumaq se sienta en el suelo nuevamente y, con carbón, dibuja un triángulo rodeado por un círculo. Quilla se sienta a su lado, expectante.*

Sumaq —Cierre los ojos, mi señora, y repita conmigo: Gran Supay, escucha mi llamado.

Quilla —Gran Supay, escucha mi llamado

Sumaq —Señor de las muertes despierta.

Quilla —Señor de las muertes despierta.

Sumaq —Protege a mi pueblo.



Quilla —Protege a mi pueblo.

Sumaq —Que muera la vida, que viva la muerte.

Quilla —Que muera la vida, que viva la muerte.

Sumaq, Quilla —*al unísono, el eco de sus voces llenando la sala* —Oh, gran Supay, vuelve, vuelve...

### Escena III

*Rímac recita un harawis parado al lado del trono con una tinya que golpea sin ritmo.*

#### Rímac

##### *Harawis de la traición Oculta*

Mayta, vencedor de sombras y muerte,  
desea festejar su triunfo eterno,  
pero el pueblo guarda silencios amargos,  
y sus corazones laten en repudio.  
Han jurado no engendrar más pesares,  
no traer al mundo nuevas semillas de llanto.  
Quilla, la hábil Coya, teje sus redes,  
en el manto oscuro del palacio se esconde.  
Deslizándose como serpiente sabia,  
susurra traición en la quietud de los muros,  
y conspira con sombra y piedra,  
allí donde el sol no alcanza a espiar.  
El Sapa no ve el borde de su fin,  
en la danza secreta que el pueblo canta,  
pues hasta los muros resienten su dominio,  
y en cada rincón, la rebelión respira.

*Entra Mayta y se sienta en el trono.*

Mayta —¿Qué otro asunto debo atender hoy?

Rímac —Quispe ha pedido audiencia, mi señor.

Mayta —¿Otra vez ese agricultor deforme? Siempre viene a llorar sus miserias, pero jamás cosecha nada.

Rímac —No tiene piernas ni fuerzas para el trabajo, mi señor.

Mayta —Pues que busque sangre joven que trabaje por él.

Rímac —No queda sangre joven, mi señor. Han decidido no procrear descendencia hace años.

Mayta —¿Y por qué?

Rímac —Para evitar el eterno sufrimiento de la vida eterna, mi señor. No desean condenar a sus hijos a este destino.

Mayta —¡Malditos campesinos ingratos! Después de mi descanso, recibiré a Quispe. Que se prepare para enfrentarse a mí. Mientras tanto, termina los preparativos para la ceremonia del aniversario de la muerte de Supay. Si el pueblo no quiere festejar, lo haré yo en mi palacio. Invita a los orejones, sacerdotes y mercaderes. Que no falte el vino ni la comida. ¡Quiero una celebración digna de mi grandeza y mi epopeya!

Rímac —Sí, mi señor. Todo estará dispuesto.

Mayta —Y encuentra a Huayna... tráelo de inmediato. Lo necesitaré para los aires que se vienen.

Rímac —A la orden, gran Sapa.

*Mayta se levanta de su trono, su rostro endurecido.*

*Se dirige hacia la parte posterior de la sala, saliendo por detrás del trono.*

Mayta —Iré a descansar.

*Mayta desaparece por detrás del trono. Rímac se queda solo en la sala.*

*Entra Quilla.*

Quilla —Rímac, el astuto poeta de nuestro reino.

Rímac —*inclinándose rápidamente* —Mi señora, no la oí entrar.

Quilla —Ya mis pasos no resuenan como antes. No queda ni la sombra de lo que fui en otros tiempos...

Rímac —No diga eso, gran Coya, su belleza sigue siendo su estandarte.

Quilla —He oído que intercediste por Sumaq... y que el pueblo te respeta.

Rímac —Solo cumplo con mi deber, señora.

Quilla —Y lo haces mejor que el Sapa.

Rímac —Señora, no diga eso. El gran Sapa es un hombre de inmensa sabiduría.

Quilla —Es un farsante, y tú lo sabes mejor que nadie. Mandó a matar a Supay solo para perpetuarse en el poder. Pero los preceptos de nuestra civilización pueden cambiar. No necesitamos la hoz de Supay para cambiar los vientos.

Rímac —Señora... solo la muerte puede liberar a un Sapa de su trono, y usted bien lo sabe.

Quilla —*acercándose a él* —¿Tienes miedo, Rímac? Toda tu vida ha sido servir... tal vez es hora de que te sirvan a ti. Después de todo, siempre has inclinado las decisiones de Mayta hacia la equidad del pueblo. Eres hábil, gran Rímac.

Rímac —No me llame así, señora.

Quilla —Necesitamos una solución al silencio de Supay.

Rímac —No la hay, mi señora. Supay está muerto.

Quilla —Nos estamos quedando sin comida. Ya no quedan campesinos jóvenes que trabajen la tierra. Todos son ancianos.

Rímac —El gran Sapa encontrará una solución.

Quilla —Dicen que han visto a un joven al sur del Río Grande.

Rímac —Es imposible, señora. No queda más juventud en la tierra. El pueblo se niega a procrear... somos los últimos.

Quilla —Convince a Mayta de enviar una expedición. Que envíe a su guerrero fiel. Haz que haga algo por su pueblo.

Rímac —Lo intentaré, gran Coya. Ya mandé a llamar a Huayna... Mayta lo quiere ver.

Quilla —¿Para qué?

Rímac —No lo sé, mi señora.

Quilla —Despierta, Rímac. La vida ya no se soporta. Necesitamos aire nuevo.

*Quilla sale.*

#### **Escena IV**

*Rímac en silencio, mira el trono. Se acerca, lo acaricia. Entra Mayta.*

Mayta —¡Deja el trono! ¿No lo has limpiado ya?

Rímac —Mis disculpas, mi señor.

Mayta —¿Huayna ha llegado?

Rímac —He enviado un chasqui, señor. Huayna se encuentra a un par de leguas de aquí.

Mayta —Bien.

*Se escuchan gritos furiosos provenientes del exterior. Mayta se vuelve hacia Rímac, preocupado.*

Mayta —¿Qué es ese bullicio?

Rímac —Es Quispe, el campesino, mi señor.

Mayta —Hazlo pasar.

*Rímac sale y regresa acompañado por Quispe, que entra arrastrándose sobre una tabla de madera improvisada, pues no tiene piernas. Se ayuda con sus manos, y Rímac lo arrastra con una soga. La escena es humillante, pero Quispe no parece perder la dignidad.*

Quispe —Mayta... necesitamos ayuda. No tenemos qué comer.

Mayta —Entonces, cosechen.

Quispe —¡Mírame! Por el amor de los dioses, ¿cómo esperas que yo pueda cosechar?

Mayta —Pídele a tu noble que te dé una solución. Seguro que algún hombre trabajará tu tierra a cambio de algo.

Quispe —¡Los nobles Orejones ya no bajan a la tierra! Se han refugiado en sus palacios, rodeados de lujos y comodidades.

Mayta —¿Y qué esperas que haga yo?

Quispe —*enfurecido, acercándose más con dificultad* —¡Gobierna, maldito!

*Mayta se pone de pie con furia y avanza hacia Quispe.*

Mayta —¿Cómo te atreves a hablarme de ese modo?

Quispe —¡Tu pueblo se muere de hambre mientras tú celebras fiestas fastuosas! ¡Libera

el ganado del reino! Tú nos trajiste esta maldición de la vida eterna. ¡Ahora asume las consecuencias de tus actos!

Mayta —¡Te he hecho inmortal! ¡Aprovecha esa condición en lugar de llorar como un cobarde!

Quispe —*desesperado, con lágrimas de furia* —¡Quiero morir, maldita sea! ¿De qué me sirve la eternidad si no puedo caminar ni comer?

Mayta —Esta audiencia ha terminado.

*En un arrebato de ira, Quispe se lanza hacia Mayta, arrastrándose, y le muerde la pierna con furia. Mayta grita de dolor y trata de quitárselo mientras Quispe lo ataca con todas sus fuerzas. Rímac corre a ayudar, desprendiendo a Quispe del Sapa. Mayta cae hacia atrás, su rostro desfigurado por el dolor. Quispe, con la cara desencajada, escupe un trozo de tela que arrancó de la ropa de Mayta.*

Quispe —¡Esto no quedará así, maldito farsante! Si no tenemos para comer, comeremos la carne de los nobles Orejones... ¡Y la tuya también! ¡Y nos haremos un festín!

Mayta —*retorciéndose de dolor, gritando con desesperación* —¡Sácalo de aquí! ¡Llévalo inmediatamente al calabozo!

Quispe —*gritando mientras Rímac lo arrastra* — ¡Tus horas de Sapa están contadas! ¡No podrás contra todo un pueblo! ¡Los dioses están de nuestro lado! Viracocha, dios supremo, se ha manifestado y nos ha profetizado que Inkarrí está por llegar... para restaurar el imperio que tú has corrompido.

*Rímac sigue arrastrando a Quispe hacia la salida con la soga. Mayta, rengueando, se acerca con esfuerzo al trono y se sienta, dolorido, mientras mira con una mezcla de furia y miedo hacia donde se llevaron a Quispe. Entra Quilla.*

Quilla —¿Qué está pasando?

Mayta —Un campesino... que sentenció su...

*Mayta se da cuenta de que no puede matarlo y guarda silencio por un instante.*

Quilla —*riendo con burla* —Mayta, mi querido Mayta... no has pensado bien tu hazaña. Se te está volviendo en contra. Todo por tu desmedida ambición de poder.

*Quilla comienza a salir de la sala, disfrutando de su comentario. Mayta, inquieto, la*

*detiene.*

Mayta —¡Espera!... Tú, ¿sabes de mitos?

Quilla —No mucho. ¿Qué es lo que deseas saber?

Mayta —¿Sabes quién es Inkarrí?

Quilla —*riendo suavemente, con desdén* —No sé quién sea... pero por el temor en tu pregunta, debe ser alguien poderoso.

Mayta —Yo he vencido a la muerte... ¡No hay nadie más poderoso que yo!

Quilla —Tu única hazaña fue encontrar su refugio, pero quien la mató fue Huayna, no tú.

Mayta —Llama a Sumaq... ella debe saber.

Quilla —*Gritando hacia afuera* —¡Sumaq, virgen sagrada, el Sapa te requiere!

*Entra Sumaq, inclinándose ante Mayta.*

Sumaq —Sí, mi señor.

Mayta —Dime todo lo que sepas sobre Inkarrí.

Sumaq —Sí, mi señor. Inkarrí es un mito nacido en los primeros años de tu gran epopeya, oh gran Sapa. Según el relato, Inkarrí es hijo del Sol y una mujer salvaje. Estuvo presente en la lucha de Huayna, y se opuso a la muerte de Supay. Entonces, Huayna lo decapitó. Pero Supay ya había comenzado su silencio, y la cabeza de Inkarrí no murió. La enterraron bajo tierra, y se dice que está creciendo, reconstruyendo su cuerpo. Cuando su cuerpo esté completo, Inkarrí regresará para restaurar el imperio Inca y expulsar a aquellos que lo han corrompido.

Mayta —¡Puras palabrerías!

Quilla —No subestimes la fuerza de los mitos en el pueblo. Si ellos lo creen, esa esperanza en Inkarrí podría ser peligrosa para ti.

Mayta —Gracias, Sumaq.

*Sumaq sale de la sala. Quilla sonríe, observando a Mayta con picardía.*

Mayta —¿Y tú, por qué sonríes así?

Quilla —He encontrado un nuevo dios en mi panteón: Inkarri. Hasta me gusta su nombre.

Mayta —¡Vete de aquí, traidora! ¡Te encerraré con ese campesino rabioso!

*Quilla se va riendo suavemente, dejando a Mayta solo.*

Mayta —La traición reina en este día... Pero no abandonaré este trono tan fácilmente. Si desean hacerme caer, no lo olvidarán jamás. Mi nombre será recordado hasta el fin de los tiempos. Colgaré a cada uno que se atreva a acercarse a las puertas de este sagrado palacio para lamentar sus miserias. El camino hacia mí será custodiado por hombres empalados en vida, cuyos lamentos eternos resonarán día y noche. Y así, pensarán dos veces antes de quejarse ante mí.

### **Escena V**

*Quispe en el calabozo, Rímac entra con un plato con comida. Se escuchan lamentos de personas agonizando a lo lejos.*

Rímac —Toma, Quispe, he traído algo para que comas.

Quispe —No puedo comer sabiendo que mi gente sufre de hambre, Rímac.

Rímac —Es un acto noble, pero necesito que recuperes fuerzas.

Quispe —Escucha... escucha los gritos... el Sapa está colgando a los disconformes como si fueran animales. Esto ya es un infierno.

Rímac —Lo sé, no lo creí capaz, su alma no tiene redención.

Quispe —Tenemos que arrancarlo del trono, Rímac. Tú eres el único que puede organizarlo.

Rímac —No es tan fácil, los guerreros reales son fieles a él, pues viven en el palacio y comida tienen.

Quispe —Pues suelta el ganado, abre la puerta del patio y deja que se escape. Que el hambre los despierte y el pueblo coma.

Rímac —Huayna llegará pronto.

Quispe —Ese héroe maldito, el mismo que nos condenó a esta agonía.

Rímac —Tal vez podamos usarlo. Intentaré hablarle antes de que el Sapa lo reciba.

Quispe —No podrás doblegar a su gran guerrero.

Rímac —Dicen que su epopeya fue en realidad una farsa.

Quispe —¿Qué insinúas, Rímac?

Rímac —Come, Quispe. Necesitaré cada onza de tu fuerza para restaurar la dignidad de

este reino.

*Rímac sale. Quispe, tras un momento de reflexión, empieza a comer con desesperación.*

## **Escena VI**

*Rímac recita un harawis parado al lado del trono con una tinya que golpea sin ritmo.*

### **Rímac**

*Harawis de la Locura y la Rebelión*

Mayta ha caído en el abismo sombrío,  
sótano de locura, gritos en su mente,  
su anhelo, poblar el reino de nuevas criaturas,  
jovencitas almas que traigan luz y vida.

Quilla, astuta, teje su intrincado plan,  
burlando al Sapa en la danza de la rebelión,  
susurra a Huayna, le pide su lealtad,  
mientras las sombras se agrupan en el rincón.

Pero en el corazón del guerrero,  
una verdad amarga permanece oculta,  
un eco que resuena en sus pensamientos,  
un secreto que tiembla, pero nunca se suelta.

En el silencio de su ser, lucha feroz,  
entre la lealtad y la traición que acecha,  
pues a menudo el guerrero calla su tormento,  
mientras el destino traza sendas inciertas.

*Quilla entra y se sienta en el trono, come pausadamente un racimo de uvas.*

*Rímac, se inclina respetuosamente.*

Rímac —Mi señora, Huayna ha llegado para ver al Gran Sapa.

Quilla —Tu Sapa está... ocupado. Hazlo pasar aquí, Rímac.

Rímac —Disculpadme, gran Coya, pero los protocolos son claros. La audiencia la pidió el Sapa, y es él quien debe recibir a Huayna.

Quilla —¿Sabes en qué anda tu Sapa? Está tratando de engendrar vida, ha hecho traer a las mujeres del pueblo, como si fueran ganado, para dejarlas embarazadas y llenar los campos de jóvenes labradores. ¡Por el amor de los dioses, esas mujeres ya no son fértiles hace medio siglo! Es una aberración, una locura... ¿Y tú me hablas de protocolos? Hazlo pasar; te lo ordeno.



*Rímac asiente obediente y grita hacia afuera.*

Rímac —¡Que Huayna entre al recinto!

*Entra Huayna, un guerrero ya envejecido, su espada cuelga pesada de su cadera.*

*Hace una reverencia.*

Huayna —Oh, gran Coya, es un honor verla tan radiante.

Quilla —Ahórrate las flores, Huayna. Dime, ¿qué te trae por aquí?

Huayna —He venido porque el Gran Sapa me lo ha ordenado, mi señora.

Quilla —Eso no augura nada bueno. Solo has pisado el palacio dos veces: el día de tu nombramiento y el día de tu... hazaña. Dos días que quisiera olvidar.

Huayna —¿Qué ha ocurrido en este lugar? Recuerdo un reino próspero, un pueblo satisfecho en sus campos, cosechas abundantes y ganado en plenitud... Ahora veo la tierra arrasada, y en el último tramo del camino, campesinos empalados como una macabra bienvenida.

Quilla —Todo esto empezó contigo, Huayna. Tu "gloriosa" hazaña nos sumió en el infierno.

Huayna —Mi señora, yo sólo obedecí órdenes.

Quilla —Ahora sólo nos queda la esperanza en Inkari... ese hombre al que decapitaste.

Huayna —¿Inkari? ¿Quién es ese, mi señora?

*Quilla mira a Rímac buscando respuestas.*

Rímac —Mi señora, son sólo mitos, historias que el pueblo se cuenta para consolarse.

Quilla —En la muerte de Supay... ¿Acaso no decapitaste a un hombre que se te opuso?

Huayna —No, gran Coya.

Quilla —Entonces, lo que dicen las lenguas detrás de los muros puede que sea cierto, todo es una farsa. He oído la historia de tu "gran hazaña" más veces de las que puedo recordar... y, sin embargo, nadie la presencié.

Huayna —¿Qué insinúa, mi señora?

Quilla —Que no hay testigos de la muerte de Supay.

Huayna —Mi señora, ¿qué más testigos necesita que la longevidad sin muerte?

Quilla —Quizás... aunque he escuchado que, en el sur del río grande, hay algo que no vemos aquí: juventud... y muerte.

Huayna —Eso es imposible, mi señora.

Quilla —Pues quiero que hagas algo por mí.

Huayna —Lo que deseéis, gran Coya.

Quilla —Quiero que vayas en expedición al sur y me confirmes esos rumores.

Huayna —Mi señora, yo ya he dejado las armas...

Quilla —Lamento decirte, Huayna, que un guerrero no se retira sino con la muerte. Y tú te has condenado a una vida sin fin. Así que, tras hablar con Mayta, partirás hacia el Río Grande... y me traerás noticias de lo que halles.

Huayna —Mi señora, usted sabe que la admiro y la respeto, pero solo recibo órdenes del gran Sapa.

*Quilla se levanta del trono, con el fuego de la ira en los ojos. En un movimiento rápido, agarra a Huayna por el cuello, acercándose a su rostro con firmeza.*

Quilla —¡Tu Gran Sapa ya ha perdido la cordura! Lo has visto, Huayna, con tus propios ojos. Los gritos del pueblo resuenan en los muros de este palacio. Han dado su sentencia final, y el cambio de trono vendrá con sangre o sin ella... pero vendrá. No permitiremos que un loco nos arrastre más al abismo.

*Quilla lo suelta, y Huayna, sorprendido, retrocede un paso, tocándose el cuello con respeto y miedo.*

Quilla —Esta es tu oportunidad de limpiar tu nombre, Huayna. Cuando los vientos cambien y se alce un nuevo gobernante, será uno de los nuestros. Si eres sabio, tomarás tu lugar entre nosotros y empezarás a obedecer a quienes verdaderamente desean el bien del reino.

*Huayna la observa, incrédulo pero reflexivo, aun con el peso de sus palabras en sus oídos.*

*Rímac, quien ha permanecido en silencio, da un paso adelante y habla en tono solemne.*

Rímac —La gran Coya habla con sabiduría, Huayna. Has servido con lealtad, pero una lealtad ciega a un tirano sólo conduce a la ruina. El pueblo ya no callará, y los dioses tampoco lo harán.

Quilla —Tú eres el símbolo de la fuerza de este reinado; tu espada ha sido la guardiana del Sapa. Pero hoy, esa espada debe alzarse para un propósito superior... para la justicia, para la cordura.

Rímac —El pueblo te necesita a su lado, Huayna. Si caminas junto a nosotros, verán que el cambio es posible. Necesitamos que seas la voz de la esperanza.

Huayna —Decidme, entonces, qué esperáis de mí.

Quilla —¡Que reveles la verdad, Huayna!

Huayna —¿Qué verdad?

Quilla —¿Qué ocurrió en tu epopeya? ¿Por qué se dice que la muerte yace fuera de nuestros campos? ¿Por qué hablan de Inkarrí, aquel al que decapitaste? ¡Habla, dinos la

verdad!

*Huayna baja la mirada, y sus palabras son densas de temor y pesadumbre.*

Huayna —La verdad traerá un caos más grande del que vuestros ojos pueden soportar.

Quilla — ¿Qué estás ocultando?

Rímac —Habla, Huayna... libérate de ese peso.

*En ese momento entra Mayta rengueando con un báculo que usa como bastón.*

*Un silencio tenso se apodera del recinto mientras todos fijan la vista en el recién llegado.*

Mayta —¿Qué sucede aquí? ¿Por qué, en nombre del destino, se permite una audiencia sin mi presencia? ¡Percibo el hedor de la traición en este lugar sagrado! Vosotros dos... —*señala a Quilla y a Rímac* —salid de inmediato, y rogad a los dioses que mi justicia no os empale cuando confirme vuestro complot.

*Rímac y Quilla salen. Huayna se arrodilla ante Mayta.*

Huayna —Oh, gran Sapa, es un honor verlo con esa energía que honra los cielos y la tierra.

*Mayta camina lentamente hasta su trono y se sienta, con una expresión calculadora en su rostro, observando a Huayna arrodillado.*

## **Escena VII**

Mayta —Huayna, el más ilustre Puska que ha dado este reino. Los laureles de tu epopeya te honran con justicia. Ven, acércate, siéntate junto a mí.

Huayna —Oh, Gran Sapa, los laureles también son vuestros, mi señor, pues nada de mi valor existiría sin vuestro mandato.

*Huayna se sienta junto a las escaleras del trono, en una postura humilde pero digna.*

Mayta —Dime, ¿cómo han tratado tus días, guerrero? ¿Te han pesado los años?

Huayna —No demasiado bien, mi señor. Este cuerpo ya no es el que forjó aquellas hazañas.

Mayta —¡Ah, Huayna, no seas modesto! Un verdadero guerrero nunca deja de serlo. Escucha bien, porque hoy tengo una nueva tarea para ti, y esta será la más importante de todas.

Huayna —¿No he servido ya más que suficiente, gran Sapa?

Mayta —Mi leal Huayna, hoy te necesito más que nunca. Este pueblo ingrato, que no sabe honrar el regalo máspreciado que le he otorgado, la vida eterna, ha vuelto su

espalda contra mí.

Huayna —Yo mismo lo he visto, señor. He sentido en mi carne el desprecio, y en cada paso he recibido piedras y maldiciones.

Mayta —Justo por eso requiero tu brazo y tu sabiduría. Debemos devolver a este reino su gloria; debemos hacer que el pueblo sienta la necesidad de nuestra protección, que vuelvan a suplicar a nuestros pies.

Huayna —¿Y crees, mi señor, que empalar campesinos a la entrada del reino les hará amarte?

Mayta —Eso es sólo el comienzo. Quemaremos sus cosechas y sacrificaremos el poco ganado que aún poseen. Cuando no tengan pan ni abrigo, acudirán a mí, rogando por clemencia, y entonces conocerán el verdadero significado del poder.

Huayna —Mi señor... con el respeto que vuestro trono merece, creo que ese camino nos llevará a un peligro mayor. Un pueblo que carece de esperanza no se somete: se levanta y combate.

Mayta —Ahí es donde entras tú, mi querido Puska. Los guerreros del reino me son fieles, y bajo tu mando, aplastarás cualquier revuelta antes de que tome fuerza.

Huayna —Gran Sapa, pido permiso para desistir de esta orden.

Mayta —¿Por qué, Huayna? ¿Cuándo he oído de ti una palabra de duda?

Huayna —Porque no concuerdo con el destino que se pretende para el pueblo. Un reino no es un desierto de súbditos temerosos...

*Mayta, con una mirada colérica, desenfunda una daga y la coloca en el cuello de Huayna.*

Mayta —Serás el guerrero que mató a Supay, pero no dejas de ser el Puska de este reinado. Y es una orden suprema la que te doy, ¿entiendes? Si te atreves a oponerte o a unirme a los traidores, te colgaré en la entrada del reino con mis propias manos, y tus días de gloria quedarán sepultados en agonía eterna. Ahora ve al establo, mis guerreros te están esperando.

*Huayna, con un destello de furia contenida, aparta la daga de su cuello. Se levanta, hace una reverencia fría y, sin pronunciar palabra, se retira con dignidad mientras el Gran Sapa lo observa.*

## **Escena VIII**

*Sumaq está arrodillada junto a Quispe en el calabozo, purificándolo con agua en un acto ritual.*

Sumaq —Los dioses están con nosotros, Quispe. Ellos no han desviado su mirada; ellos aguardan.

Quispe —Yo ya no creo en los dioses, Sumaq. Creo solo en la fuerza que cada hombre puede forjar con sus manos.

Sumaq —No comprendes aún, Quispe. Los dioses no están en los cielos; somos nosotros, encarnados en esta dualidad de luz y oscuridad. Somos los portadores de su esencia, pero hemos dejado que las sombras reinen. Es hora de salir del letargo, de hallar la salida... esa que yace en nuestro propio ser.

*Sumaq desata la camisa de Quispe, revelando su pecho.*

Quispe —¿Qué haces, mujer?

Sumaq —Confía, Quispe. Confía en el poder antiguo. Solo la magia nos arrancará de este abismo oscuro al que hemos descendido.

*Sumaq derrama cera caliente sobre el pecho de Quispe. Él lanza un grito ahogado de dolor y, en un impulso, la abofetea, arrojándola al suelo.*

Quispe —¿Qué clase de locura es esta? ¿Has perdido la razón?

*Sumaq, con una mirada ferviente, se incorpora y toma el rostro de Quispe entre sus manos.*

Sumaq —Escucha... He tenido una visión, un sueño claro como el río. Me encontraba en lo alto de la montaña sagrada, en comunión con las fuerzas celestiales: Viracocha, Inti, Pachamama, Mama Quilla... hasta el mismo Supay estaba allí, en las sombras. Todos ellos me señalaban una cueva en lo profundo. Allí, vi a un hombre, un ser marcado como tú, sin piernas, sin esperanza. Me acerqué y lo miré a los ojos, ojos de fuego. Me dijo que era Inkarrí, y que solo el ardor en su corazón haría realidad la profecía... la libertad suprema: la muerte.

*Quispe la aparta con brusquedad, saliendo de su trance momentáneo.*

Quispe —¡Déjame, mujer! ¿Qué locura te ha poseído?

Sumaq —No es locura. Tú eres el elegido, el marcado de mis sueños. Tú eres el Inkarrí, el que debe despertar las energías dormidas y recordar el propósito.

*En ese momento, Rímac entra en el calabozo y observa la escena.*

Rímac —Suficiente, Sumaq. Ve ahora a llamar a la gran Coya, dile que pronto nos presentaremos ante el Gran Sapa, y que tu presencia será necesaria.

*Sumaq hace una reverencia y sale en silencio*

Rímac —Querido Quispe, todo está listo. Hemos liberado las puertas del establo, y el ganado está ya en camino hacia el campo. Huayna ha jurado fidelidad a nuestra causa, y ha desviado la voluntad de los guerreros del Sapa a nuestro favor.

Quispe —¿Has llamado al pueblo?

Rímac —Antes del último destello del sol estarán todos congregados ante las puertas del palacio.

Quispe —Entonces, como es justo, te nombraremos Gran Sapa, aquel que restaurará la gloria de nuestro reino. Oh, nuevo Sapa, será un honor vivir bajo tu sombra protectora.

Rímac —La paz vendrá, pero no como piensan mi querido Quispe.

*Quispe se arrodilla y besa los pies de Rímac. Este coloca una mano solemne sobre la cabeza de Quispe en señal de bendición.*

### **Escena IX**

*Rímac, a un costado del trono, recita un harawis con unya tinya que golpea sin ritmo.*

#### **Rímac**

*Harawis del Desenlace y la Verdad Revelada*

He aquí el desenlace de esta saga,  
donde la revuelta contra el Sapa se alza,  
un eco de coraje retumba en los Andes,  
mientras la verdad de Huayna se prepara para surgir.

La epopeya oculta, las sombras que callan,  
por fin serán vistas, la luz las abrazará,  
y así, Supay, el dios caído,  
junto a Inkari, renacerá en la tormenta.  
¿Restaurarán el imperio, o lo aniquilarán,  
con un soplo de viento que barrerá su herencia?  
Los destinos se entrelazan, en danza de muerte,  
la balanza oscila, y la verdad es la sentencia.

*Entra Mayta con su báculo se sienta en el trono.*

Mayta —¿Tienes noticias de Huayna?

Rímac —No, gran Sapa. Lo vieron en el establo más temprano, reunido con los guerreros, como habéis ordenado.

Mayta —Bien, en este momento deben estar prendiendo fuego a las cosechas.

Rímac —Si se me permite, señor, es una acción... peligrosa.

Mayta —Peligroso es cuestionar a tu Sapa, poeta maldito. Cuida bien tus palabras si no

deseas adornar la entrada del palacio empalado al caer la noche. Verás cómo las puertas de este recinto se llenarán de campesinos, suplicando por mi misericordia.

Rímac —No dudo de que vendrán, mi señor.

*Mayta lo mira con suspicacia.*

Mayta —Habla, si sabes algo. Conozco bien tus palabras envenenadas.

Rímac —Eres el ser más oscuro que he conocido, y he cruzado caminos con toda la oscuridad del mundo.

*Mayta desenfunda su daga, pero en ese instante, Quilla entra con paso decidido.*

Quilla —¡Guarda esa daga, Mayta!

Mayta —¿Osas levantarme la voz y darme órdenes?

Quilla —Esta será tu última noche como Sapa. Tu reinado llega a su fin.

*Entra Sumaq arrastrando a Quispe.*

Mayta —¿Qué significa esta afrenta?

Quilla —Que tu tiempo en el trono de los Incas ha terminado.

Mayta —¡Malditos traidores! No pueden deshacerse de su Sapa sin que los dioses desaten su furia sobre ustedes.

Quispe —Ya no tememos a los dioses, Mayta; hace mucho que nos han abandonado.

Mayta —No te confundas, deforme. Yo, el hombre que logró el silencio de Supay, soy quien controla a los dioses. Y todos ustedes serán empalados, adornando mi palacio mientras duermo al arrullo de sus gemidos de dolor.

Quispe —Ya no tienes aliados, Mayta. El pueblo clama por otro Sapa.

Mayta —¡Tú, maldito ser retorcido! Has envenenado las mentes de los campesinos, arrastrando todo el reino a tu miseria solo porque no puedes soportar tu propia debilidad.

*En ese instante, Huayna entra en la sala, su figura recta y firme.*

Mayta —¡Huayna! Mi fiel Puska, lleva a estos traidores al calabozo. Hoy mismo serán colgados para que el pueblo vea el precio de la traición.

*Huayna permanece en silencio, mirando a Mayta con expresión sombría.*

Mayta —*gritando* —¡Es una orden!

Huayna —No puedo, gran Sapa. Creo que vuestra ambición ha caído en sombras. Mi juramento como Puska es proteger el reino, pero sobre todo la vida y la prosperidad del pueblo, aun por encima del Sapa.

Mayta —¿Tú también me traicionas, Huayna?

*Mayta se pone de pie y grita fuera de sí, señalando a cada uno con furia.*

Mayta —¡Malditos traidores! Ingratos todos. Sin mí, no serían nada. —*mirando a Quilla* —tu, eres la gran Coya solo porque te elegí, has vivido una vida de lujos y placeres por el solo hecho de estar en mi cama. —*señalando a Sumaq* —Tu, Sumaq, ¿qué te ha faltado? Hasta los treinta has sido cuidada en este palacio, cuidada hasta mejor que la Coya, pues tu propósito era sagrado, has sido protegida como cristal. Cuando el silencio de Supay fue sellado, se te dio un lugar en el ala norte, en lugar de desterrarte. —*mirando a Rímac* —Tu, Rímac, antes eras un simple limpiador del palacio, con las manos manchadas de excremento. Te escuché recitar un harawis y te invité a mi consejo. Te di a mis vírgenes, te concedí la libertad de aconsejarme. Has sido mi mano derecha, y aun así me traicionas, me la cortaría ahora mismo para demostrarte mi desprecio en este momento. —*Finalmente, Mayta mira a Huayna.* — Y tú, Huayna, eras un simple Yayahu, sin lugar en el palacio ni en el campo de batalla. Yo vi tu potencial, te elevé hasta que te convirtieras en el héroe de la epopeya contra Supay. Y ahora me pagas con esta deslealtad.

*Mayta se desploma al suelo, derrotado, pero mantiene la mirada fija en Huayna.*

Mayta —De todos, tú eres el que más me duele, Huayna. Te recordarán no por tu hazaña contra Supay, sino por esta traición.

Rímac —Habla, Huayna. Es momento de que liberes la verdad.

Mayta —¿De qué verdad está hablando este maldito poeta?

Huayna —Yo... yo no maté a Supay.

Mayta —¡¿Qué dices, Huayna?!

Huayna —Entré en lo más profundo de las entrañas de la montaña. Vi a Supay, al mismo señor de los muertos, cara a cara. Al mirarme, me pidió el nombre de quien osara tal propósito, y al mencionar el tuyo... simplemente desapareció. Bajé con el peso de la derrota. En el camino, encontré a un joven, caído de un precipicio, agonizante. Me imploró que lo sacrificara para librarse de su dolor... Intenté cumplir su pedido, Mayta, pero no pude. Por más que lo intenté, el muchacho no murió. Entonces lo supe... la muerte misma nos había abandonado. Por eso mentí... dije que había vencido a Supay.

Mayta —¡Es imposible! ¡Tuviste que haberla matado, porque ya no existe!

Huayna —Lo sé, tampoco yo lo comprendo.

Mayta —¡Estás mintiendo, Huayna!

Huayna —No miento.

Mayta —¡Mientes! Esto es otro de sus juegos oscuros para volverme loco... ¿Acaso no es suficiente con las traiciones?



Quilla —Mayta, calma tus arrebatos, no encontrarás paz en la furia.

Mayta —¡No me calmo nada!

*En un arranque, Mayta tira su báculo y agarra a Sumaq, rodeando su cuello con un brazo mientras ella se resiste y llora.*

Quilla — ¡¿Qué piensas hacer?!

Mayta —Voy a comprobar si lo que dice Huayna es verdad.

*Mayta arroja a Sumaq sobre la mesa de piedra ceremonial y, con frialdad, comienza a apuñalarla sin piedad. Sumaq grita y solloza mientras la sangre brota, pero no muere.*

*Su boca se llena de sangre, pero sigue respirando. Tras varios momentos, Mayta retrocede, observando la escena con horror.*

Mayta —¡Levántate!

*Sumaq, con un esfuerzo descomunal, se incorpora, tosiendo sangre, con el cuerpo temblando.*

Mayta —¡Párate derecha!

*Con cada palabra de Mayta, el silencio se espesa. Sumaq logra erguirse, aunque tambalea. El terror y el asombro se apoderan de todos los presentes.*

Mayta —Ahí tienes. La muerte ya no existe. Supay está muerto.

*Rímac, que hasta ahora había permanecido en silencio, levanta la cabeza y su porte cambia, volviéndose sombrío e imponente. Los ojos de los presentes se abren con espanto. Rímac da un paso adelante, su voz profunda y cargada de poder resonando en la sala.*

Rímac —*con voz profunda y cargada de poder* —Solo he cambiado de forma, Mayta. Todos en la sala lo observan, atónitos. Mayta, sorprendido y desconcertado, da un paso hacia atrás, aún cubierto de la sangre de Sumaq.

Mayta —¿Qué es esto? ¿Rímac...? ¿Quién eres, en verdad?

Rímac —Soy Supay, señor del inframundo, guardián de las sombras y custodio de los muertos. Yo soy la oscuridad inevitable, el destino final de todo ser. Soy el hermano de Inti, el dios del Sol, y de Illapa, el dios del trueno y la lluvia. Mientras ellos traen vida y sustento, yo soy quien da descanso.

Mayta —No puede ser cierto... la muerte ya no existe. ¡Supay está muerto!

Rímac —La muerte no puede morir, Mayta. Tú, en tu ciega vanidad, codiciaste la eternidad y, por curiosidad, he dejado que la pruebes. Pero nunca me fui... solo he estado acechando, esperando.

*La atmósfera en la sala se vuelve densa, casi irrespirable. Huayna da un paso atrás,*

*claramente asustado por la revelación. Quilla, por su parte, observa a Supay con curiosidad, sin apartar la mirada.*

Quilla —Entonces... ¿Todo este tiempo... has estado entre nosotros?

Rímac —He observado cómo tu inmortalidad te corrompió, Mayta. He visto el hambre en los ojos de tu pueblo, la desesperación en sus corazones. He escuchado sus súplicas. Tú no les has traído vida... solo les has dado una miseria eterna.

Mayta —¡Mientes! ¡Yo he dado la vida eterna a mi pueblo! ¡Ellos deberían venerarme, no rebelarse!

Rímac —Mayta, tus actos son los de un demonio, no de un Sapa. Mira a Sumaq... ¿Crees que merece esta agonía interminable? Has tratado de eliminar lo único que da sentido a la vida. Soy el paso final y el primero. Soy el descanso y la promesa. Me temen, pero sin mí, nada florece, nada vive. ¿Quién creería que es mejor un río que nunca llega al mar? En la eternidad a la que los condenaste, los días se volvieron grises como cenizas; los corazones perdieron el ardor de los sueños porque no había urgencia, ni despedida, ni memoria. La vida se tornó un camino infinito y agotador, sin destino. Los dioses, en su sabiduría, me dieron este oficio para que todo tenga sentido. Los campos florecen porque saben que habrá cosecha. El sol se pone porque sabe que la luna lo espera. Y todo mortal ríe, ama y lucha porque sabe que un día yo vendré a buscarlo. La eternidad es un castigo. Es vivir sin propósito, sin el aliento sagrado del final que impulsa a valorar cada instante. En el Reino de los Incas, todo nace de la Pachamama y regresa a ella. Así debe ser. Yo no soy enemiga de la vida, sino su aliada. Soy quien la guarda del cansancio eterno. Si me quitas, los días son iguales, los corazones olvidarían cómo latir con pasión. Yo no soy el fin, sino la semilla que brota otra vez, aquí o en el hanan pacha, donde el alma se eleva con el cóndor. Sin mí, no habría nuevo comienzo. Sin mí, no habría vida. Mira a tu pueblo, desfalleciendo, incapaz de sembrar, de cosechar, de descansar. Todo por tu ambición sin límites. ¿De qué te sirve el poder si nadie te respeta, si tu reino entero clama por el descanso eterno? La vida, bajo tu mando, es solo sufrimiento. Yo, en cambio, traigo paz.

*Sumaq, ensangrentada y débil, se acerca lentamente a Supay. Se arrodilla ante él, con la mirada llena de súplica.*

Sumaq —Oh, Supay... te ruego... llévame contigo, apaga mi agonía.

Rímac —*mirando a Mayta* —Solo si comprendes la gravedad de tus actos, si pides perdón de rodillas a aquellos que has lastimado y entregas el trono, ese símbolo de tu ambición desmedida, al pueblo, regresaré... y el sufrimiento terminará.

Mayta —¡Yo no sufro! Soy el gran *Sapa*, el elegido de los dioses. Ellos mismos me han hablado, y me han encomendado la misión de erradicarte de este mundo.

*Mayta saca un cuchillo de su cintura y se abalanza sobre Rímac con furia.*

Rímac —*alzando el brazo derecho*—¡Inkarri, muéstrate!

*Quispe comienza a levantarse. Lentamente, sus piernas, que antes no tenía, se regeneran. Ahora está de pie, completo. Intercepta a Mayta antes que llegue a Rímac y lo apuñala en el costado. Mayta cae al suelo, gimiendo de dolor, a los pies de Quispe.*

Quispe —Oh, gran señor de las sombras... he cumplido mi destino.

*Mayta yace en el suelo, jadeando de dolor, su respiración agitada. La sangre fluye de su herida, y su mirada, aún desafiante, se vuelve hacia Supay y le escupe sangre.*

Rímac —El dolor que ahora experimentas es el mismo que tu pueblo ha padecido durante años. Dime, ¿no clamas por mi presencia en lo más profundo de tu ser? ¿No ansías el descanso eterno que solo yo puedo ofrecerte?

Quilla —¡Mayta, por favor! ¡Suplica la muerte! Es la única manera de traer paz a tu pueblo... y a ti.

Mayta —¡Jamás! Prefiero sufrir eternamente antes que rendirme ante la muerte.

Rímac —Jamás he presenciado tal monstruosidad... y he sido testigo de todo. Mayta, hombre de alma ennegrecida... tus deseos serán escuchados.

Mayta —¿Que quieres decir?

Rímac —Inkarri, tras la primera montaña encontrarás un grupo de jóvenes campesinos. Asegúrate de instaurar el nuevo imperio, y que esta llanura sea la tumba del antiguo.

Quien ose pisar estas tierras, sentirá la furia de los dioses sobre ellos.

Quispe —Sí, mi señor.

*Quise le hace una reverencia y sale.*

Rímac —*mirando a su alrededor, con un tono definitivo* —Mi trabajo aquí ha terminado.

Quilla —¡No, por favor! ¡No te vayas!

Sumaq —¡No, Supay! Llévame contigo... no me dejes en esta agonía...

Rímac —*alzando la mano derecha* —¡Vengan a mí!

*En ese instante, Sumaq, Quilla y Huayna caen muertas al suelo. Mayta, aun retorciéndose, mira la escena con incredulidad y horror.*

Mayta —¿Qué has hecho?

Rímac —Tu reino ha muerto... pero tú no. Tu condena será vivir eternamente, sangrando por esa herida, sufriendo hambre y sin un alma a quien gobernar.

*Mayta completamente derrotado intenta arrastrarse hacia la salida, su cuerpo débil,  
exhalando con esfuerzo.*

*Rímac, recita un harawis con una tinya que golpea sin ritmo.*

### **Rímac**

*Harawis de Supay, el necesario*

Así pereció el reinado de los Andes,  
devorado por la ambición desmedida de un Sapa,  
tras siglos de sufrimiento que abraza la vida eterna.  
Que el eco de su legado resuene entre los valles,  
un recordatorio en el norte de Río Grande,  
donde un hombre de mil años vive en la penumbra,  
sufriendo eternamente, prisionero de su propia gloria.  
Que este lamento ahuyente el odio que me rodea,  
y que me esperen con paciencia para su descanso eterno.  
Que comprendan que, sin mí, la muerte  
y la vida carecen de significado,  
pues soy el hilo que entrelaza los destinos,  
la sombra que da sentido a la existencia.

*Rímac va saliendo del recinto mientras Mayta con voz débil súplica.*

Mayta —Está bien... lo entiendo ahora... no hay escape... he sido ciego... la muerte... la muerte es lo que mi pueblo necesita, lo que yo merezco... Supay... te lo suplico... llévame... pon fin a esta agonía... permite que la tierra se libere de mi error... haz que mi sufrimiento termine... ¡Mátame!

*Rímac, con una quietud sobrehumana, se da vuelta lentamente, su mirada fija en Mayta. Mayta, tembloroso, levanta su brazo en un gesto de súplica, arrastrándose hacia él con dificultad.*

Mayta —Mátame... mátame, por favor...

*Apagón*